



*"Tercer Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2012)"*

Eje Política

Título: “La construcción imaginaria del peronismo: razón sentimental, misticismo y memoria discursiva”.

Autora: Marina Alejandra Reta

Pertenencia institucional: UNGS-UBA

Dirección electrónica: [mar\\_ascxxi@yahoo.com.ar](mailto:mar_ascxxi@yahoo.com.ar)

Nuestro trabajo se inserta dentro de una línea –en el marco de los estudios sobre el peronismo y el post-peronismo– que se inclina hacia el campo de la cultura, la dimensión simbólica, y el mundo de las representaciones, con un énfasis en los rituales, los símbolos y los discursos políticos. Y, en tal sentido, intenta discutir con toda una tradición dentro de la historiografía que tomaba estos componentes como engañosos o poco significativos para la comprensión del peronismo.

De esta manera, creemos importante abordar al peronismo no sólo en su dimensión económica objetiva sino en su dimensión simbólica y cultural, que se advierte a partir de la emergencia de una “estructura de sentir”, en términos de Raymond Williams (1980: 134), esto es la movilización de afectos, percepciones, lealtades, intereses, que forman parte del campo de lo individual, pero que también remiten a lo social histórico. Y, en tal sentido, nos permite combinar el sentido histórico con una re-lectura del fenómeno peronista.

Proponemos rastrear aquí algunas cuestiones que nos habilitan a plantear un primer acercamiento a tales dimensiones y, eventualmente, futuras líneas de análisis en el marco de una investigación mayor que enmarca nuestro proyecto de tesis doctoral. Específicamente, nos gustaría abordar los siguientes ítems: la dimensión afectiva del peronismo (la apelación al sentimiento, a los trabajadores, a la familia, etc.), la memoria melancólica del peronismo (la evocación de una época feliz, la recuperación de un pasado perdido, etc.), la religiosidad popular o el misticismo del peronismo (símbolos, rituales, conmemoraciones, etc.) y en particular el lugar del 17 de octubre dentro de la tradición peronista. Respecto a esto último nos interesa indagar cómo esta fecha fue retomada por las generaciones posteriores, particularmente, cómo fue re-significada, apelando a la memoria peronista, por el discurso de los sectores estudiantiles que se



acercaron al peronismo en los años sesenta, específicamente, el caso del discurso del Frente Estudiantil Nacional (FEN), en el cual centramos nuestra investigación doctoral. Para ello apelamos a diversas lecturas que retomamos, discutimos o invocamos en nuestra tarea interpretativa. Retomando estos aportes, y de acuerdo con la línea de trabajo planteada –más allá de las limitaciones que pueda presentar nuestro trabajo– creemos que nuestra contribución se inscribe dentro del marco teórico de Daniel James, en su estudio sobre el peronismo, sin dejar de mencionar, asimismo, los mencionados aportes de Raymond Williams, respecto a su revisión teórica de los fenómenos culturales, y de Edward Thompson, en cuanto al análisis de las tradiciones y experiencias populares.

Efectivamente, más allá de las críticas que puedan hacerse al trabajo de James en términos de las dificultades para explicar los procesos históricos de nuestro país, su obra tiene el valor de reconocer la importancia de la discursividad en el momento de las transformaciones políticas, y de la articulación entre la cultura popular y la política, además de discutir con toda una bibliografía que trata la experiencia peronista en términos de populismo, manipulación, pasividad, irracionalidad, disponibilidad, etc. Por un lado, este autor pone en cuestión la idea de situar en los orígenes del peronismo a un conjunto de obreros inmaduros sin experiencia social y sin conciencia de clase, pero además, por otro lado, pone en evidencia los límites de simplificar tal experiencia política a un mero pragmatismo de clase que explica su adhesión al peronismo en términos económicos, sino que, en sus propias palabras, “era también algo más” (James, 2005: 27). Y de allí que en su análisis pueda rastrearse el origen simbólico de la adhesión de la clase obrera al peronismo de manera que “el atractivo político fundamental del peronismo reside en su capacidad para redefinir la noción de ciudadanía dentro de un contexto más amplio, esencialmente social” (James, 2005: 27), por lo cual el autor resalta “el llamamiento a los trabajadores” en términos de un reconocimiento de los mismos como “fuerza social autónoma”, con un acceso privilegiado al Estado a través de los sindicatos, en el marco de la comunidad organizada.

La apelación al sentimiento es, precisamente, la apelación a los trabajadores. Esa forma de llegada tiene que ver con la pertenencia, con la construcción de la ciudadanía social, el reconocimiento de la dignidad de los trabajadores.



De manera que “la razón sentimental populista” no implica que el peronismo sea irracional sino que *hay* una racionalidad, una lógica y una intencionalidad política detrás, que apunta a reasaltar esa dimensión afectiva y plebeya. Una política que, para el Perón de los años 40 y 50, no se define en términos de la política oligárquica, de los partidos tradicionales, sino por las corporaciones, en particular, los sindicatos, y por ende, por la interpelación a los trabajadores.

De hecho, la figura del trabajador fue el “ícono peronista por antonomasia”, en términos de Marcela Gené, en sus diferentes versiones: como “descamisado”, en los orígenes del movimiento, fue la imagen fuerte de las conmemoraciones del 17 de octubre, como “obrero” industrial y “peón” rural fue el símbolo de la modernización económica del país, y luego, como “hombre” más allá de su pertenencia laboral fue un componente esencial de las imágenes y representaciones de la “familia” peronista (Gené, 2005: 12).

En tal sentido, el peronismo piensa la intervención social a nivel grupal, de allí que el núcleo de su intervención o unidad básica de la sociedad sea la familia, y principalmente, la familia trabajadora. Pero también la dimensión melodramática del matrimonio se refleja en la idea de la familia peronista nucleada alrededor de las figuras tutelares de Eva y Perón, como padres protectores de los destinos de la Nación.

Estas representaciones vinculadas a las figuras de obreros, descamisados, familias trabajadoras, etc. ya tenían una trayectoria dentro del repertorio disponible de imágenes en diversos contextos y corrientes políticas, no sólo del siglo XX sino también del anterior, pero el peronismo las reelaboró, las reinventó y las incorporó a su matriz simbólica. Asimismo, en los años sesenta, diversos grupos afines al peronismo o en proceso de “peronización” recurrieron, retomaron y se apropiaron de algunas de estas imágenes como forma de inscripción dentro de esa matriz. En ambos casos, nos interesa retomar la noción de “tradición selectiva” de Raymond Williams, para hacer referencia a “una versión intencionadamente selectiva de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado, que resulta poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social” (1980: 137), así como la idea de “memoria discursiva” de Jean Jacques Courtine en términos de un retorno, una evocación de formulaciones anteriores en una coyuntura dada, es decir, en referencia al interdiscurso, al cuerpo socio-histórico de trazos discursivos previos en los que una secuencia se inscribe, en la medida en que esta secuencia pone necesariamente en juego un discurso-otro, una red de tópicos y filiaciones históricas” (1981), tal como lo veremos más adelante.



Según Claudia Soria, cuestiones como el melodrama, la pareja fundacional, la hermandad o enemistad simbólica, la infancia, etc. hacen del peronismo “una política anclada en el afecto”. En tal sentido, la contracara del trabajador integrado a la familia peronista que disfruta de las nuevas leyes y conquistas sociales es el niño solo, indigente, sin familia. De tal manera, “el niño pobre se convierte en uno de los epicentros de la retórica sentimental del peronismo” y “una figura aglutinadora de afecto político”, que evoca un pasado idealizado en el que “los únicos privilegiados son los niños” cobijados por la familia peronista. (Soria, 2010: 20)

Nos interesa resaltar aquí la dimensión “afectiva” del peronismo, en lo relacionado a la construcción de lazos de solidaridad y sociabilidad dentro de los sectores populares, con la apelación a los trabajadores –y a las familias trabajadoras- así como a una instancia de felicidad del pueblo, y a una posterior nostalgia de ese pasado glorioso y un anhelo de recuperación en los años siguientes a su derrocamiento.

Por un lado, la idea de definir al peronismo en términos de sentimiento, por parte de las clases altas afectadas por su irrupción, tiene una connotación negativa en términos de descalificación del Otro, de asignación de características vinculadas a la irracionalidad de las masas. Esto tiene que ver con el comportamiento político de los sectores medios y altos en términos del odio social que engendró su aparición.

Según Intersimone en relación al melodrama fundacional antiperonista, se “identifica a los sectores populares con la efusión sentimental o con la pasión, tan cara a Evita y a las radionovelas”. (Intersimone, 2010: 107)

En tal sentido, como afirma Rosa Aboy, refiriéndose a la literatura y el cine en los años cincuenta, “la irrupción de las masas trabajadoras en el peronismo produce una proliferación de las ideas de amenaza e invasión” (Aboy, 2010: 156). Estas ideas condensan un conjunto de representaciones, temores, y prejuicios sobre ese “otro” que aparece como un extraño, como alguien que no comparte los mismos valores morales o que pertenece a otra clase social o a otro lugar de procedencia, una especie de sentimiento fóbico hacia la movilidad social y espacial que propició el peronismo.

Durante mucho tiempo, como afirma Gené, “pesaron sobre las imágenes [del peronismo] el anatema y la descalificación”, y se coincidía en “definir al peronismo como la versión argentina del nazi-fascismo” (Gené, 2005: 14) tomando en cuenta, entre otras cosas, el aparato de producción de imágenes, propaganda y símbolos que era visto como afín a los totalitarismos europeos (si bien la autora pone en cuestión este tipo de



vinculaciones). Algunas interpretaciones que forman parte del acervo de la bibliografía clásica sobre el peronismo que muchos de nosotros conocemos se inscriben en esta línea, como es el caso de Gino Germani (1962), José Luis Romero (1956), Tulio Halperín Donghi (1994). Más allá de estas caracterizaciones negativas de las que fue objeto el peronismo, éste tomó esa calificación y la convirtió en un elemento positivo, vinculado a la constitución del mito del origen, que resalta la dimensión plebeya del peronismo.

### Simbolismo religioso, misticismo plebeyo y cultura popular

Creemos que esa una rearticulación simbólica por parte del peronismo que dio lugar a un misticismo plebeyo, a una “experiencia cuasi religiosa” que se vincula con la idea misma de “movimiento” en el sentido de la construcción de lazos de solidaridad y de sociabilidad que circula por carriles que van más allá de la doctrina como sistema coherente de postulados, principios y creencias.

En tal sentido, la formación doctrinaria en el peronismo está presente con fuerza, expresada a través de las “veinte verdades” del peronismo, que pretende una forma sencilla y clara de inculcar la doctrina, en términos de un contenido racional concreto, más allá del sentimiento. Sin embargo, la razón sentimental también es central, la creación de espacios y relaciones de sociabilidad entre los trabajadores (el deporte, la recreación, etc.) y junto a ellos la dimensión ritual del peronismo como espacio de encuentro y condensación de voluntades (los actos, las marchas, etc.)

De modo que, vinculados a la cuestión del sentimiento y la devoción, podemos decir que en el peronismo hay ciertos ingredientes de religiosidad popular. En términos de Bosca, el mayor exponente de la religiosidad popular del peronismo se encuentra en la figura de Eva Perón. Sin desestimar este aspecto, creemos que lo religioso-místico del peronismo va más allá de ciertas figuras, y tiene que ver con la experiencia concreta, cotidiana, del pueblo, y con ciertos espacios de construcción de lazos de sociabilidad y solidaridad.

En tal sentido, según Humberto Cucchetti, al referirse a la construcción simbólica del peronismo, considera que éste se nutrió de lo religioso pero lo dislocó institucionalmente -o lo despojó de la institución- apelando a cierto misticismo plebeyo, a la vivencia cotidiana de lo religioso que hizo posible una simpatía cultural con el peronismo como fenómeno de masas. A su vez, da cuenta a partir de los testimonios



recabados, que los espacios católicos aparecían como lugares de socialización y redes de relaciones ampliadas.

La lectura del peronismo que propone Cucchetti es la de un movimiento político con un proyecto simbólico-religioso que retoma algunos de los elementos e imágenes religiosas que estaban presentes en los años previos y los resignifica, los reelabora desde un lenguaje autónomo, por lo cual existen ciertas continuidades pero también rupturas, desplazamientos y dislocaciones.

Sin desconocer los elementos de la cultura religiosa previa al surgimiento del peronismo, Cucchetti matiza estas influencias desde una óptica que intenta no simplificar tales precedentes, por lo cual considera que el peronismo dialogó con ellos, se apropió de los mismos, pero los reformuló y reconfiguró a través de “un lenguaje autónomo”, una cultura religiosa “en la cual dirá estar inspirado aunque le impondrá su propio lenguaje y sus propios acentos” (Cucchetti, 2005: 9).

Lo que nos interesa rescatar de estas perspectivas su hincapié en captar la complejidad de la “experiencia” con toda la carga subjetiva que ella entraña, es decir, cómo los propios actores significaron ese proceso concreto que fue el peronismo.

En el caso del FEN, la experiencia del barrio aparece como un acercamiento y un descubrimiento no sólo de un movimiento o un partido, o de una ideología, sino de toda una cultura política: "Los sectores de izquierda que intentaron acercarse al peronismo empezaron a interpretar que el peronismo tenía que ver con la cultura nacional, el folclore, de cómo Perón y Evita habían llegado al corazón de la gente, que no era ideología sino que prácticamente era *una tradición cultural cuasi religiosa*. En las casas humildes se encontraban altares de Evita, y aquellos que en la época en la que no se podía nombrar ni tener una foto ni nada que hiciera alusión, cuando íbamos a los barrios, habían atesorado fotos, estampas y las sacaban del colchón como una cosa de una especie de carácter sacro." (Testimonio de Miguel, 2004)

Los actores significan la aproximación al peronismo en términos de una experiencia significativa: “en el barrio, digamos, llegar a la gente, entrar a una casa, que te den mate, que te empiecen a contar, que te saquen todas las fotos, que te cuenten la Resistencia...” (Testimonio de Catalina, 2005)

Más aún, el “barrio” es calificado como un ámbito “mágico”, “maravilloso”, “fascinante”, “espectacular”, “interesante”, como una verdadera revelación, en términos

de Denzin (1989). El “barrio” aparece como un tiempo y lugar que lograba mitigar todas las dudas, y que a su vez, contribuyó a forjar la identidad del grupo.

“Pero después el barrio para mí fue una experiencia tan interesante que me olvidé de todas las... qué sé yo... lo reparos o las dudas (...) Digamos, me... me ató a la tierra, qué sé yo... me hizo persona eso, me integró a la Argentina (...) yo me hice argentina a partir de haber militado, entendés? Qué sé yo, el tango, el mate, todo eso lo aprendí a partir de militar...” (Testimonio de Catalina, 2005)

La experiencia barrial es, en estos sentidos, una experiencia cuasi religiosa, trascendental, una verdadera "revelación", una "comunidad", que “produce en los actores transformaciones en los modos de percibir y comprender lo social” y también lo político, permiten una comprensión más comprometida, consustanciada con las necesidades del pueblo, producida por la vivencia de un “acercamiento inolvidable”, un descubrimiento de lo nuestro a partir del contacto con los otros (la gente, el pueblo) con quienes se identifican.

“Aprendí lo que era el barrio, lo que era la cuadra, lo que era la pobreza, lo que era la humildad (lo que era la sana humildad). Esteem... el compañerismo... Los tipos ya lo tenían hecho! No tenían donde depositarlo y nosotros fuimos los que recogimos eso (...) [Íbamos a que] la gente nos preparara a nosotros para saber quién era Perón. Ésa fue... ésa fue la comunión, más extraordinaria (...) Yo venía [del barrio] llena, repleta de sapiencia, del pueblo, como me lo habían contado porque eran mujeres que habían trabajado con Evita la mayoría.” (Testimonio de Catalina, 2005)

Consideramos, en tal sentido, que atravesar la experiencia del trabajo en los barrios fue una práctica decisiva en la configuración de la nueva identidad peronista. Es así que hablamos de experiencia y de aprendizaje; es decir, como algo que nos acontece, nos pasa y nos transforma. Algo que nos cambia, que modifica nuestra percepción del entorno, de las relaciones y de los sucesos. Esto tiene que ver con la concepción del FEN de la peronización en términos de “conversión”, con todas las implicancias religiosas de la palabra. Es decir, no sólo en términos de desplazamiento (en el espacio social y político) y de movilización del capital militante (experiencias, bagaje ideológico, etc.) sino como “transformaciones que afectan las maneras de ser y de pensar” (Tissot, 2004: 15). En tal sentido, Durkheim define la conversión, proceso religioso pero también de aprendizaje, como “un movimiento profundo por el cual el alma por completo se vuelve en una dirección completamente nueva, cambia de



posición, de lugar, y modifica, en consecuencia, su punto de vista sobre el mundo” (Durkheim, 1990: 37) Asimismo a propósito de las conversiones religiosas, según Hervieu-Léger “convertirse es, en principio, abrazar una identidad (religiosa) en su integridad” (Hervieu-Léger, 1999: 136-145). Y de allí que para la militancia del FEN sólo sea posible aceptar al peronismo “tal cual es”, en su totalidad.

### Felicidad, nostalgia y recuperación del paraíso perdido

Llevando esta dimensión afectivo-simbólica a nuestro tema particular de investigación, nos parece interesante rastrear cómo se manifiestan estos elementos en la memoria de los actores centrándonos en los testimonios de los sectores juveniles que se vincularon al peronismo en los años sesenta, particularmente el caso del FEN.

Tomamos el caso del FEN porque aparece en el discurso de estos sectores una apelación a la memoria del peronismo, una exaltación de sus gestas y de sus héroes, una idea de acercamiento a lo más profundo del peronismo a partir del encuentro con el pueblo, y un imperativo de recuperar la felicidad para ese pueblo.

Según Anahí Ballent, hay un predominio, desde los años noventa en adelante, de un clima de época que alienta la nostalgia por una presunta infancia perdida (Ballent, 2010: 224) y por la idea de recuperación de un mundo de felicidad, abundancia y paz productivista. Aunque ya a principios de la democracia circulaba el lema de que “los días más felices de los trabajadores fueron peronistas y el futuro también”, ese “peronismo de la felicidad” aún no constituía en esos años una alternativa al “peronismo de la lucha” (Ballent, 2010: 222) que había sido muy fuerte en los setenta y que esgrimían los sectores juveniles más radicalizados y más ligados a la lucha armada.

Creemos que en los años sesenta los sectores que se acercaron al peronismo ya presentaban esta idea de recuperación del paraíso perdido, y que, en el caso del FEN, prevalece una concepción de “peronismo de felicidad” por encima de la noción de lucha que, si bien no estaba ausente, no se encarnaba exclusivamente en una lucha armada. Aún como grupo que sostenía la idea de revolución y de violencia dentro de un lenguaje militarista que impregnaba a casi todas las organizaciones juveniles y que circulaban en el ambiente pluridiscursivo de la época, sólo la concebían como un elemento más dentro de un contexto de dictadura pero no como una estrategia de poder. Desde esta





perspectiva el FEN rechazó la lucha armada a principios de los setenta, y rastreando los documentos producidos por la organización podemos vislumbrar que la idea de revolución que alentaban tenía que ver con reponer a ciertos actores desplazados, un volver atrás que tenía como eje recuperar la felicidad para el pueblo, y cuyo horizonte era el primer peronismo como paraíso perdido a recobrar.

En efecto, dentro del proceso de revalorizar la experiencia de lucha de la clase obrera, de apreciar las luchas del peronismo y las conquistas realizadas por éste, se fue haciendo cada vez más fuerte una idea de transformación social vinculada a la época del primer peronismo. Esto se dio, sobre todo, a partir del pasaje del FEN al trabajo barrial, ya que, en ese contexto, les era narrada la experiencia del peronismo por los vecinos que seguían siendo leales a Perón durante la época de proscripción. De manera que el futuro revolucionario está, en realidad, en el discurso del FEN, anclado en el pasado. Se trata, paradójicamente, de una idea de “revolución hacia atrás”, que se retrotrae en el tiempo y que a su vez se liga al retorno de Perón, al momento en que “el pueblo volvería a ser feliz”, “había que volver a recuperar la patria para la justicia social”:

“realmente la voluntad era poner al servicio toda nuestra energía, para que esto saliera lo mejor posible, para que el pueblo volviera a ser feliz, pudiera tener todo lo que tuvo... era volver al paraíso, digamos, para nosotros era muy mítico, era muy mítico, era volver al paraíso...” (Testimonio de Catalina, 2007)

Desde el enfoque de Nouzeilles hay durante los años de proscripción una “memoria melancólica del peronismo” que atraviesa todo el repertorio iconográfico y narrativo del peronismo y su carga afectiva, que tiene que ver con la percepción del presente como ruina y el futuro deseable como restauración de una pérdida. (Nouzeilles, 2010: 120)

Esa perspectiva melancólica se funda en una experiencia que es a la vez colectiva y personal, cuyo punto de referencia es el mundo infantil, es decir, el origen de la identidad política de los sectores sesentistas estaría anclado en una infancia marcada por las mejoras sociales y económicas que trajo el Estado peronista: el pasado es el escenario de un mundo feliz perdido y añorado. Nouzeilles habla de dos momentos melancólicos de la memoria peronista: los años de proscripción y la apuesta a la resurrección del pasado, por un lado, y un segundo momento más nostálgico que melancólico, vinculado a las reelaboraciones del pasado peronista en los años inmediatamente posteriores a la crisis del 2001 en Argentina. (Nouzeilles, 2010: 120)

Esa idea de melancolía por lo perdido aparece unida a una noción de sufrimiento, de tristeza y de sacrificio:

“yo creo que ahí [en Ezeiza] comprendí lo que era el peronismo, por lo menos para mí: un viejo abrazado a una bandera, con una pierna y una muleta que se llegó hasta ahí, que hizo así... y empezó a caminar envuelto en la bandera caminando con una muleta, con una tristeza, yo te digo me voy a morir con esa imagen, yo ahí me di cuenta lo que significaba ese regreso... porque ese balcón vacío, sin Perón, con la gente dada vuelta... Porque en ese momento la gente fue porque quiso, no había nada que entregar, lo único que se podía dar era... era sufrimiento que era todo lo que había quedado del peronismo del 55 al 72, sufrimiento, cárcel, todo, no había otra cosa, lo que entregaba era eso, y la gente que fue, fue sabiendo que podía haber más de eso. Entonces yo ahí me di cuenta que algo raro era esta cosa de la relación de Perón con la gente. Que no era tan sencillo. Que no se podía analizar con categorías que no tienen que ver con la Argentina. Y eso son vivencias, viste?” (Testimonio de Catalina, 2005)

La centralidad de la infancia no tiene que ver solamente con el hecho de que muchos de ellos recuerdan haber tenido su primer contacto con el peronismo, ya sea negativa o positivamente, cuando eran niños, sino también con el hecho de que el primer peronismo hace de la infancia y de la familia lugares de anclaje imaginario de la comunidad integrada peronista, y disparadores de afecto político (Nouzeilles, 2010: 115) Precisamente, según Arfuch, un lugar común del espacio biográfico es la infancia como instancia feliz. Sin embargo, lo que prevalece en los testimonios es una infancia desarrollada en un núcleo familiar anti-peronista. Efectivamente, las trayectorias analizadas dan cuenta de una mayoritaria pertenencia a familias no peronistas o anti-peronistas, de clase media o de clase trabajadora de filiación socialista o en menor medida radical.

Las entrevistadas relatan cómo la entrada a lo social implica para ella una ruptura con su mundo familiar previo, y una revisión particular de su propia historia:

“Y yo no tenía nada que ver con eso, imagínate, yo venía de Barrio Norte, estudiante de Sociología, compa... no tenía nada que ver, digamos, me... me ató a la tierra, qué sé yo... me hizo persona eso, me integró a la Argentina, si no sería... qué sé yo... estaría haciendo lo que quiere mi mamá (...) para mí fue todo una, una ruptura de muchas cosas, una ruptura de muchas cosas, porque el medio no tenía nada... digamos mi medio familiar no tenía nada que ver, nada que ver con... [pausa] y nunca milité por



eso, o dejé de militar, porque yo fui de romper con todo eso, para poder integrarme acá, eeh... eso en mi familia era un despelote impresionante.” (Testimonio de Catalina, 2005).

“Mi papá era gorila. Le digo: “papá ¿podemos hacer una reunión acá en casa?”. “Si no hablan de Perón ni cantan la marcha, sí”. Era darnos permiso entre comillas. Bueno, hicimos la reunión y cuando se terminó la reunión cantamos la marcha y él no vino. Ni quería sentir la palabra Perón. Golpeaba con los nudillos en la pared del comedor que daba a la pieza de él (...). Ojalá hubiera sido socialista... No, pero no... mi viejo no era nada. Luchar contra la nada es terrible. Era antiperonista.” (Testimonio de María, 2005)

“Ellos” (“la gente”, “los peronistas”) estaban afuera, no en la propia familia, y el descubrimiento de la identidad peronista se presenta como un fuerte quiebre con el grupo familiar, como un descubrimiento de su “verdadero mundo”.

A su vez, la pérdida (del mundo familiar previo, de lo que otros jóvenes hacían) es interpretada como un sacrificio, como una entrega que le permite dejar lo familiar y pasar al mundo externo y “verdadero” o “real”. En este sentido se resaltan los valores de la militancia: la abnegación, la entrega, el sacrificio, la humildad.

En otros testimonios se enfatiza esa procedencia familiar y social como punto de partida de un proceso de transformación posterior:

“Nací en 1943 y en 1955 ví el bombardeo de la Plaza de Mayo desde la terraza de la casa de mi viejo en la Calle Constitución a la altura de Salta y Santiago del Estero. Se podía ver desde la terraza puesto que la ciudad era baja... Yo pensé años después que mientras la clase trabajadora se jugaba, nosotros –los muchachos de la clase media– lo mirábamos por la terraza.”

“Te estoy hablando del 57, cuando yo tenía 13/14 años y daba libres las materias del secundario. Por eso te quiero decir que un poco en esa época mi amigo Bárbaro estudiaba con los salesianos. Un poco, algunos personajes somos representativos de procesos mentales psicológicos, de crecimiento, etc. como emergentes de esa clase media, totalmente distinta. Yo vengo de una familia judía, Bárbaro viene de una familia de italianos que todavía conserva las costumbres” (Testimonio de Roberto Grabois, 2004)

Aparece la infancia/adolescencia como campo de sentido articulador de la experiencia peronista pero en un sentido de contraposición, o en todo caso, la juventud es la etapa



de redefinición de esa experiencia y de relectura del peronismo. De esta manera se coloca en la ruptura con esa infancia el origen de su identidad política.

Para otros, aquellos que venían de familias peronistas, esa recuperación tiene que ver con la idea de que durante la proscripción se fue formando, en términos de Hirsch, la “memoria secundaria” del peronismo, entendida como la memoria heredada por los hijos de la experiencia traumática de los padres, que según Nouzeilles da cuenta de los modos en que funciona el inconsciente político del peronismo durante esos años de prohibición. (Nouzeilles, 2010: 123)

### Conmemoraciones, rituales y memoria discursiva

En su obra, Mariano Plotkin, analiza el proceso de creación de mitos, símbolos y rituales que constituyen el imaginario político peronista, aunque desde una lectura del peronismo en términos de totalitarismo, manipulación de símbolos políticos, represión y exclusión de espacios simbólicos alternativos y de legitimación plebiscitaria de un liderazgo autoritario, lo cual nos posiciona en lugares contrapuestos respecto a la línea teórica en la que pretendemos inscribir nuestro trabajo.

Plotkin sostiene que, al desplazar el discurso hacia la esfera de lo social “Perón creó la imagen de que su legitimidad no derivaba solamente de su elección legal, sino de un contacto muy especial que sólo él tenía con ‘el pueblo’”, creando la imagen de una “unidad espiritual”, a través de la creación de un sistema de circulación doctrinaria, junto a un conjunto de mitos, símbolos, rituales políticos, etc. y de un fluido intercambio simbólico entre Perón y su pueblo. (Plotkin, 1993: 55)

Discrepamos con el autor respecto a su afirmación acerca de que el peronismo careció de una ideología coherente, así como sus aseveraciones sobre la incapacidad de crear un consenso real, o el fracaso de lograr tal unidad espiritual en los hechos, en tanto creemos en la imposible plenitud de toda construcción identitaria, en lo incompleto, inacabado y siempre abierto a nuevas reconfiguraciones hegemónicas que encierra lo social, pero que no por ello inhabilitan anclajes parciales, más o menos exitosos, más o menos durables, lógicas equivalenciales –en términos de Laclau- lazos de solidaridad, que apuntan a la construcción del “pueblo”, como tampoco inhabilitan la apelación a la unidad como estrategia discursiva o como horizonte utópico/deseable de completud. Además, Plotkin asegura que, lejos de crear esa unidad, el peronismo polarizó la sociedad. En tal sentido, respecto a la aparición del antagonismo, Laclau sostiene que

para que emerja el pueblo “es necesario que un discurso divida la sociedad entre dominantes y dominados, es decir, que el sistema de equivalencias se presente articulando la totalidad de la sociedad en torno a un antagonismo fundamental” (Laclau, 2004: 42). En tanto todo antagonismo se construye discursivamente, precisamente vemos que el discurso del FEN trata desde el inicio de producir esta ruptura. Esta visión antagónica, irreconciliable, del conflicto, tiene que ver con la visión de una sociedad polarizada: las fuerzas populares contra las fuerzas imperialistas y antipopulares. Es una manera de construir la identidad propia siempre relacional, es decir, en relación a la del Otro antagónico.

Más allá de tales divergencias, lo que queremos destacar de la obra de Plotkin son algunos elementos que nos resulta útiles para abordar la constitución del imaginario peronista, como es el caso de la apropiación de ciertas fechas emblemáticas, y el lugar de las conmemoraciones, los rituales y las festividades políticas como generadores de un sentimiento de pertenencia, de un ideal de unidad.

En tal sentido, el autor habla de un proceso “peronización” de ciertas celebraciones, como la del 1° de Mayo, y la del 17 de octubre, hasta la cristalización/instauración de la versión oficial. Nos interesa referirnos, particularmente, a las manifestaciones del 17 de octubre.

Plotkin interpreta estos acontecimientos en términos de una transformación de lo que en principio era un “ritual de inversión” (que coloca en un mismo espacio lo que generalmente pertenece a espacios distintos, en este caso, los obreros “tomando” espacios de la ciudad) en un “ritual de refuerzo” (que tiende a reforzar los mecanismos de clasificación social existentes, en este caso, confirmando el lugar el lugar de cada uno de los protagonistas de esa fecha: Perón en el balcón de la Casa Rosada, por encima de los trabajadores, el “pueblo” en la Plaza de Mayo, y el evento en sí en un espectáculo).

Creemos que, en realidad, la centralidad del 17 de octubre dentro del imaginario peronista tiene que ver con cómo fueron significados esos hechos por los actores, en términos de hazaña, de gesta gloriosa, de irrupción de las masas en la vida política del país, de acontecimiento fundante desde el punto de vista simbólico. En este sentido, Daniel James señala el alto contenido de estas manifestaciones en cuanto a su significatividad, en las cuales los trabajadores se apropiaron del espacio público por

primera vez en la historia argentina, un espacio del cual estaban habitualmente excluidos.

La cuestión de las memorias discursivas en juego, tiene que ver con la legitimación y la inserción dentro de determinadas tradiciones que los actores involucrados intentan lograr. En tal caso Perón mismo trata de legitimarse retomando ciertas tradiciones populares, rearticulándolas en una especie de síntesis entre la tradición institucional y la tradición del caudillo, pero que, a su vez, genera tensiones dentro de esa misma tradición a la que recurre. Así como Perón intentó apropiarse de ese pasado en forma ambigua e imperfecta, incluso fallida, de la misma forma, posteriormente, diferentes grupos intentarán apropiarse de Perón, en términos de un referente identitario, de una memoria peronista. Pero qué Perón y qué peronismo reivindican estos grupos?

Según Nouzeilles el significante “Perón” aparece como el punto de anclaje melancólico-sentimental de una perspectiva justiciera más amplia de la redención y la transformación social, y de la denuncia a una situación histórica concreta de exclusión.

En cuanto al lugar de Perón, los miembros del FEN le reconocen el papel de conductor y al mismo tiempo lo instalan en la dimensión de lucha. Según Laclau, “se identificó a la figura de Perón con la emergente identidad nacional y popular antisistema” y en torno al “antagonismo fundamental” entre Perón desde el exilio encarnando al Pueblo, y los sucesivos gobiernos representando al imperialismo y a la oligarquía aliada a él, “comenzó a tomar forma el nuevo populismo argentino”. (Laclau, 2005: 267)

La figura de Perón actuaría en este contexto como un “significante vacío”, y la peronización sería el resultado de una construcción activa de los agentes, que se ven transformados por esta construcción, pero no en tanto conversión plena y absoluta, como lo plantean los actores, sino en tanto reconstrucción de la propia identidad, aunque siempre de manera precaria. Aparece así la construcción de la figura de Perón como lugar de verdad (quien interpreta, resume, expresa al pueblo trabajador) y como dimensión de lucha y resistencia (contra el imperialismo, la oligarquía, la proscripción). Y, por otra parte, la imagen del peronismo que se construye en el discurso del FEN tiene que ver en primer lugar con la referencia casi exclusiva a la “clase obrera peronista”, a los trabajadores, con una revalorización de su lucha, y en esta línea, con un elogio constante a sus principales hitos, como es el caso del 17 de octubre, símbolo de la inserción tumultuosa de la nueva clase obrera en la escena política nacional, cuya



simple alusión creaba el efecto discursivo de insertarse en la tradición histórica del peronismo.

Según María Cristina Tortti, uno de los elementos del acercamiento de sectores provenientes de la izquierda socialista al campo de lo “nacional y popular” fue precisamente “la reinterpretación del peronismo en términos de ‘movimiento de liberación nacional’” junto con la admiración por la revolución cubana, “que había logrado amalgamar antiimperialismo y revolución social”. (Tortti, 2009: 19)

Ya sea que se lo considerara como la concretización de la unidad obrero-estudiantil, como un movimiento de liberación nacional, como parte de un frente de fuerzas antiimperialistas, como motor de la revolución nacional y social, etc. en todo caso el peronismo ese evocado en su dimensión disruptiva, transformadora, aparece como un acontecimiento progresista y emancipador, y sobre todo como alternativa frente a la dominación imperialista, oligárquica y dictatorial.

Según Elizabeth Jelin, las memorias sociales se construyen a través de marcas materiales, inscripciones simbólicas y prácticas rituales, cuyo sentido es apropiado y resignificado por actores sociales diversos, según el contexto en el que desarrollan sus estrategias y proyectos. “Las operaciones del recuerdo y el olvido ocurren en un momento presente, pero con una temporalidad subjetiva que remite a acontecimientos y procesos del pasado, que a su vez cobran sentido en vinculación con un horizonte de futuro” (Jelin, 2002: 2). En tal sentido, las fechas conmemorativas son elementos que reflejan continuidades identitarias y de sentido, así como resignificaciones, rupturas o transformaciones de las conmemoraciones, y también la instalación de la lucha por la asignación del sentido a tales fechas.

Tal como lo afirma Arnoux, las operaciones de rememoración y conmemoración tienen como objetivo “traer el pasado al presente, recrearlo a través de las palabras” (Arnoux, 2008: 80). Así se instaura un discurso conmemorativo de los hechos sustanciales de la historia del movimiento nacional y popular, las proezas, las hazañas, los grandes logros del pueblo, e incluso la recreación de la lucha, de la escena de batalla, el recuerdo de los caídos, y la imagen de una tarea inconclusa, de un objetivo que no ha sido cumplido y que por ende se proyecta hasta el presente, a un tiempo y lugar más amplio.

El 17 de octubre aparece como un eslabón dentro de ese proceso revolucionario, ya que si bien esos trabajadores “no pretendían derrocar el sistema”, por lo que se reitera la evaluación de que “aquel 17 de octubre no fue una revolución”, es de destacar que sí fue



“la primera movilización política importante de la clase obrera *como clase*” y “un paso positivo en el avance hacia su toma de conciencia” en la que “selló a partir de entonces su unidad como clase”, por lo que se lo define como “gesta popular de contenido nacional y antiimperialista”. (FEN, sin fecha)

Según Altamirano, el 17 de octubre como “fecha histórica” atraviesa todo el discurso de la izquierda posterior a 1955. Es decir, su revalorización no es patrimonio exclusivo del FEN, sino que fue constantemente evocado por corrientes de izquierda no necesariamente peronista o pro-peronista, e incluso por fuera de las agrupaciones tradicionales como el PC y el PS, aunque su alusión sí estaba ligada –según el autor– a interpretaciones disidentes del “hecho peronista”. De alguna manera, la referencia al 17 de octubre por parte de sectores diversos tiene que ver con significados que “eran ya para entonces evidencias de un sentido común implantado (...) valores entendidos que bastaba evocar sintética y casi alusivamente para actualizar el sentido conexo a aquella fecha” (Altamirano, 2001: 75). El autor lo define como “el acontecimiento en que todo lo anterior hallaría su punto de precipitación” (Altamirano, 2001: 74) para hacer referencia al poder simbólico que encerraba su simple designación, como eje articulador de un discurso que, en términos generales, tenía como objeto enunciar una comprensión verdadera del peronismo.

El 17 de octubre aparece como la “fecha a partir de la cual los trabajadores del país son tenidos en cuenta y nada puede definirse ya sin considerar su existencia”, es decir, el momento en que “irrumpe las masas” y desde entonces no puede hacerse como si no existieran, porque cobran a partir de esa irrupción “existencia política”. Esto se relaciona no con un error histórico, como ellos mismos dicen, “no por jugar a historiadores”, sino más bien con el hecho de que en el discurso del FEN opera una asimilación de “clase obrera” y “peronismo” que desconoce toda otra connotación de la clase obrera que no tenga que ver con este movimiento. Y es así como se define al peronismo por “su base proletaria”, como “expresión política del movimiento popular”, como “polo popular de la contradicción con el imperialismo y la oligarquía” pero también como “el gran tabú para los estudiantes” contra el cual el FEN trata de luchar y “lograr comprender”.

El tema de traer el pasado al discurso propio, las voces de la memoria, también se vincula, en el caso de la construcción del discurso del FEN, con la idea de tiempo histórico que subyace en el discurso. Es decir, la idea misma de memoria discursiva de



Courtine (1981) tiene que ver con un conjunto de saberes, dispositivos, matrices, modos de decir, de los cuales el sujeto se apropia o dentro de los cuales se inscribe, y que remiten a temporalidades que superan el tiempo corto del acontecimiento discursivo y convocan a la larga duración o a una temporalidad larga.

Arnoux (2008: 17), citando a González Deluca (2005: 164), recuerda que “la razón histórica y el uso retórico del pasado como instrumento de persuasión política son práctica común (...) como principio legitimador de sus propuestas y como recurso para promover determinadas conductas colectivas”. En este contexto, la apelación al pasado, a una temporalidad larga que no ha culminado, le sirve al FEN para legitimarse discursivamente: la evocación de fechas importantes dentro del imaginario peronista, la inscripción dentro de un recorrido de luchas populares que se retrotraen a las guerras de independencia, bajo el lema de que “esta revolución es la continuación de aquella”, el *ethos* militante, la recordación de los héroes del pasado, desde San Martín o Bolívar hasta los más recientes, como Valle o Pampillón, en un *continuum* histórico inconcluso, etc. “Felipe Varela, el Chacho, San Martín, Artigas, mentidos por una historia comprometida con la opresión, se reencuentran en las bocas de su pueblo. (FEN, 1970)

Por un lado, se establece un tiempo histórico en el que la lucha se remite a los 18 años de la Resistencia, y por otro lado, ese tiempo se prolonga hacia atrás, hasta las luchas por la independencia argentina. Esta operación es frecuente en los discursos de la época, en tanto se trata de la construcción de una línea de continuidad histórica, de una herencia del pasado recuperada en la figura de las nuevas generaciones incorporadas al movimiento peronista y encargados de continuar la lucha por la liberación nacional iniciada con el nacimiento de la Patria. Serían la reencarnación de los héroes de la historia (Tupac Amaru, Artigas, los caudillos montoneros, San Martín, Belgrano... y Perón, claro) en esta nueva versión del enfrentamiento entre la Patria y la Antipatria. Se trataba de una especie de “guerra eterna”. Un origen vinculado a los comienzos de la Nación misma en su lucha contra el imperialismo (español primero, inglés, norteamericano...) que es retomado, anulando el tiempo histórico, reeditando una y otra vez la batalla del pueblo contra el enemigo y el heroísmo de los combatientes.

Teniendo en cuenta los elementos que hemos podido rastrear en el discurso, consideramos que éste está habitado por otras voces, y el sujeto-FEN produce y reproduce ideas que son parte de esa matriz de sentido que delimita lo que es susceptible de decirse en el marco de una determinada formación social. De ahí que su



inscripción en un marco de sentido dado, en un modo de ver el mundo, remita ineludiblemente a posiciones ideológicas.

La presencia de la alteridad en el propio discurso puede ser más o menos mostrada, explícita o consciente. En el caso que nos ocupa podemos apreciar tanto vestigios de discursos compartidos que impregnan el propio, como huellas de una estrategia deliberada de inscripción dentro del dispositivo peronista. En este último caso, el enunciador decide traer al discurso determinados elementos que considera pertinentes para legitimar su peronización, como, por ejemplo, la introducción de la noción de pueblo, la revalorización de la clase obrera, su consideración como sujeto revolucionario, el reconocimiento de fechas conmemorativas importantes dentro de la tradición peronista, etc. Se inscribe así dentro de una memoria discursiva que retoma el pasado y lo exalta, elogiando las gestas peronistas, recordando a sus caídos, rememorando fechas significativas, glorificando a sus héroes.

De esta manera, el 17 de octubre es definido como símbolo de la irrupción de la clase obrera en la escena política, como primer paso en el proceso revolucionario, cuya simple mención en el discurso permite insertarse en la tradición histórica del movimiento (si bien su alusión no es patrimonio exclusivo del FEN).

En términos generales podemos decir que la agrupación decide traer al discurso determinados elementos que considera pertinentes para legitimar su peronización, elementos de una memoria tanto nostálgica como sacrificial y luchadora, como, por ejemplo, la revalorización de los trabajadores, su consideración como sujeto revolucionario, el reconocimiento de fechas conmemorativas importantes dentro de la tradición peronista, etc. Se inscribe así dentro de una matriz que recupera ciertos símbolos destacados del peronismo retoma el pasado y lo exalta, elogiando las gestas peronistas, recordando a sus caídos, rememorando fechas significativas, glorificando a sus héroes, dentro de una línea que apunta a una recuperación de ese pasado feliz, a una comunión con el pueblo, y a una verdadera conversión al peronismo, una experiencia que compromete el “alma” en términos de Durkheim, que moviliza afectos, percepciones, “sentimientos”, en términos de Williams, y que ponen en consonancia procesos individuales y colectivos de construcción/reconstrucción de identidades.

## Bibliografía



- Aboy, Rosa: “Una aproximación a través de las narraciones cinematográficas”, en: Soria, Claudia et al: *Políticas del sentimiento. El peronismo y la construcción de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.
- Altamirano, Carlos: *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas, 2001.
- Arnoux, Elvira Narvaja: *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*, Buenos Aires: Editorial Biblos, 2008.
- Ballent, Anahí: “Los tiempos de las imágenes: la propaganda del peronismo histórico en los años noventa”, en: Soria, Claudia et al: *Políticas del sentimiento. El peronismo y la construcción de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.
- Bosca, Roberto: *La iglesia nacional peronista*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1997.
- Courtine, Jean Jacques. “Analyse du discours politique”, *Languages* N° 62, Paris, Larousse, 1981.
- Cucchetti, Humberto: *Religión y política en Argentina y en Mendoza (1943-1955): lo religioso en el primer peronismo*, Buenos Aires: Ceil-Piette, 2005.
- Durkheim, Emile: *L'evolution pédagogique en France*, Paris: PUF, 1990.
- Gené, Marcela: *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo (1946-1955)*, Buenos Aires: FCE, 2005.
- Intersimone, Luis Alfredo: “El melodrama fundacional antiperonista en El incendio y las vísperas de Beatriz Guido”, en: Soria, Claudia et al: *Políticas del sentimiento. El peronismo y la construcción de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.
- Germani, Gino: *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós, 1962.
- Halperin Donghi, Tulio: *Argentina en el callejón*. Buenos Aires: Ariel, 2006.
- James, Daniel: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.
- Laclau, Ernesto: *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2005
- Laclau, Ernesto y Mouffe Chantal: *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: FCE, 2004
- Nouzeilles, Gabriela: “El niño proletario: infancia y peronismo”, en: Soria, Claudia et al: *Políticas del sentimiento. El peronismo y la construcción de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.



- Plotkin, Mariano: *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires: Ariel, 1993.
- Romero, José Luis: *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: FCE, 1956.
- Soria, Claudia et al: *Políticas del sentimiento. El peronismo y la construcción de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.
- Tissot, Sylvie: *Reconversions militantes*. Limoges: PULIM, 2004.
- Williams, Raymond: *Marxismo y literatura*, Barcelona: Ed. Península, 1980.
- Zanatta, Loris: *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1999.

### Documentos

- “Los estudiantes y el 17 de octubre”, FEN, Córdoba, sin fecha.
- “Por un 17 combativo junto a los trabajadores argentinos”, FEN, Bs. As., 1969.
- “Periódico del FEN. El movimiento estudiantil junto a los trabajadores por la liberación nacional.” N° 1. FEN, Buenos Aires, 1970.

### Testimonios

- Testimonio de Catalina, *Archivo de Historia Oral*, Facultad de Filosofía y Letras-UBA, 2005.
- Testimonio de María, *Archivo de Historia Oral*, Facultad de Filosofía y Letras-UBA, 2005.
- Entrevista a Roberto Grabois, 09/03/2004.